



Danzando con el hipopótamo

Abruptamente, la noche del miércoles, el presidente colombiano Álvaro Uribe decidió dar por terminada la mediación de Hugo Chávez con las FARC para el intercambio de prisioneros por secuestrados. El origen del súbito cambio de humor de Uribe—al día siguiente de haberle dado plazo a Chávez hasta el 31 de diciembre para lograr la liberación de los rehenes—sería una llamada telefónica que el venezolano hizo esa noche al comandante del Ejército Colombiano, general Mario Montoya, para indagar personalmente sobre la situación de los secuestrados.

Unos días antes Chávez se había despachado a su gusto en París—adonde había llegado con la promesa de entregar pruebas de supervivencia de la franco colombiana secuestrada Ingrid Betancourt, y llegó con las manos vacías—diciendo que Uribe lo había autorizado a reunirse con el líder del grupo guerrillero, Manuel Marulanda, y que le había dicho “tú pudieras ir y hasta yo voy” (sic). El alto comisionado para la paz, Luis Carlos Restrepo, salió inmediatamente a desmentir a medias a Chávez. Dijo que la cita (con Marulanda) se realizaría si “se hubiesen liberado previamente a todos los secuestrados y la reunión fuera como parte de un proceso de paz exitoso”. En buen cristiano, que

III HUMOR INTERNACIONAL

DE “EL COMERCIO”, DE ECUADOR.
SINDICADO POR “THE NEW YORK TIMES”.



ÁLVARO URIBE (COLOMBIA)

Chávez y Uribe se reunirían con la guerrilla si esta liberaba primero a los secuestrados.

El incidente le dio la ocasión al vociferante presidente venezolano a emplazar a Uribe públicamente diciendo en voz alta lo que habían acordado ‘sotto voce’ durante la famosa Cumbre Iberoamericana de Santiago, en la que el rey Juan Carlos le espetó a Chávez el famoso “¿por qué no te ca-

III Álvaro Uribe no es un despistado ni un hombre nuevo en política. ¿Por qué decidió confiarle la mediación?

llas?” que dio la vuelta al mundo.

Los exabruptos del venezolano no son nuevos. Un hipopótamo danzando “El Lago de Los Cisnes” tendría más finura y destreza que Chávez como mediador diplomático, aunque las familias de los rehenes piensan lo contrario. Dicen que la sintonía de Chávez con las FARC podría haber logrado la libertad de los 45 rehenes que sus familias esperan desde hace años.

Uribe no es un despistado ni

un hombre nuevo en política. ¿Por qué decidió el 31 de agosto pasado confiarle la mediación de un caso tan sensible al inefable mandatario venezolano?

Recordemos que el pedido vino de Bogotá tras la presentación en el programa “Aló presidente” de la senadora colombiana del Partido Liberal, Piedad Córdoba, quien le pidió a Chávez abogar por los rehenes y al instante este anuncia que quiere hablar políticamente con los dirigentes de la guerrilla.

Uribe aduce ahora “las fallas de método y la falta de discreción” que encontró en su homólogo venezolano como mediador con las FARC.

En política no hay que ser ingenuos. Uribe no es un timorato ni un improvisado que desconoce la trayectoria de su vecino, con quien ha tenido más de un encontronazo. Hasta un niño de primaria se da cuenta de que a Chávez no se le puede confiar una gestión diplomática tan delicada.

¿O era eso justamente lo que le convenía Uribe? Hacer como que está dispuesto a negociar el intercambio de presos por rehenes, para satisfacer a la opinión pública, mientras espera tranquilamente que los torpes pasos de baile del paquidermo den por terminado el espectáculo en medio de las pifias del público. ■■

ASÍ NOS VEN

EL TIEMPO

DE COLOMBIA

Límites al amor en las Fuerzas Armadas del Perú

Que una teniente se enamore de un capitán, o un alférez de una general ya no podrá suceder en el Perú, por lo menos si se quiere seguir en las filas castrenses.

Según una polémica disposición, a partir de la fecha (miércoles 20) en el Perú les está prohibido a los miembros de las Fuerzas Armadas en actividad mantener relaciones sentimentales con personal de distinta jerarquía. Así lo dispone la recientemente aprobada Ley de Régimen Disciplinario que rige para las tres instituciones.

Las críticas no se dejaron esperar, en especial por la sanción que pesaría sobre quienes incumplan esta norma, es decir, la expulsión de la institución armada.

Sin embargo, la polémica desatada tras la publicación de la ley aprobada por el Congreso y el acápite referido al amor entre militares, no se refiere a la prohibición de las relaciones sentimentales en las Fuerzas Armadas, ya que sí está permitido enamorarse, siempre y cuando sea entre efectivos del mismo rango.

La controversia se centra en la innecesaria inclusión de una medida que afecta la libre decisión de cualquier persona de elegir a su pareja, claro está, sin que esa elección vulnere las normas morales. ■

LA PLUMA INVITADA

Matar la libertad en nombre de la seguridad

Timothy Garton Ash



Timothy Garton Ash es profesor de Historia Contemporánea en la Universidad de Oxford. Ha sido galardonado con el Prix Européen de l'Essai. Traducción de María Luisa Rodríguez Tapia
© Diario “El País”, SL / Timothy Garton Ash. Prisa.com
Exclusivo para el diario El Comercio en el Perú

Smiley meció lo que quedaba de brandy en su copa y murmuró: “Hemos renunciado a demasiadas libertades para ser libres. Ahora tenemos que recuperarlas”. Esta advertencia del legendario jefe de espías sobre el exceso de interferencia y de poder de las redes estatales de seguridad nacional que construimos en el autodenominado ‘mundo libre’ durante la guerra fría aparece en la novela de John le Carré “El peregrino secreto”, publicada en 1991. Sin embargo, en vez de recuperar esas libertades, hemos perdido todavía más. En todo el mundo occidental, hoy son muchos más los datos personales nuestros que están en manos de Estado y de compañías privadas, las libertades tradicionales sufren restricciones, hay personas detenidas sin que medie ningún juicio, la libertad de expresión se ve aplastada.

Por desgracia, uno de los peores infractores, de los menos preocupados por las libertades de sus ciudadanos, de los más derrochadores a la hora de vigilar, es el Estado británico. Gran Bretaña, que en otro tiempo se llamaba a sí misma, con orgullo, “la madre de las libertades”, tiene hoy la sociedad más vigilada de Europa. El país que inventó el hábeas corpus dispone hoy de uno de los períodos más largos de detención sin cargos del mundo civilizado. Y los guardianes de nuestra seguridad quieren prolongar ese período todavía más. Al mismo tiempo, esos guardianes no son capaces de ver que tienen a inmigrantes ilegales trabajando en sus propias oficinas (en un caso, al parecer, incluso ayudando a arreglar el coche del primer ministro, con todas sus medidas de seguridad), ni de detener en Londres a un presunto terrorista (que resultó ser un brasileño completamente inocente) sin meterle un tiro en la cabeza. La compulsión de legislar nuevas restricciones sin parar va unida a paroxismos de ineficacia asom-



brosa. ¿A alguien se le ocurre una fórmula mejor para sacrificar la libertad sin ganar seguridad? Smiley debe de estar removiéndose en su tumba. O sí, como se rumorea a veces, sigue viviendo tranquilamente en Cornwall con otro nombre, entonces necesitamos volver a oír su voz: “Estamos renunciando a demasiadas libertades para ser libres. Tenemos que recuperarlas”.

El troceamiento de nuestras libertades civiles, incluido nuestro derecho a la intimidad, tiene dos causas, por lo menos. Una es el espectacular crecimiento de las tecnologías de la información, la comunicación, la observación y el registro de datos desde la época de Smiley hasta hoy. La otra es la amenaza del terrorismo internacional, sobre todo el terrorismo yihadista, que se hizo drásticamente visible en los atentados de Nueva York, Madrid y Londres. Incluso aunque no se hubieran producido los horrores del 11 de setiembre y el 7 de junio, la información personal almacenada en servidores informáticos, historiales de teléfonos móviles, bases de datos de tarjetas de crédito, videos de circuitos cerrados

y otros dispositivos semejantes habría aumentado enormemente. Incluso sin esa explosión de las posibilidades tecnológicas al alcance del Gran Hermano, tanto público como privado, los atentados terroristas habrían provocado el refuerzo de la seguridad.

Pero lo que resulta más alarmante es la combinación de los dos factores. Y el Reino Unido tiene el triste honor de estar en cabeza del mundo democrático en ambos frentes. El comisario de información de Gran Bretaña, Richard Thomas, dice que los británicos ya han entrado, sin darse cuenta, en la sociedad de la vigilancia. El grupo de derechos humanos Privacy International, que observa las sociedades de la vigilancia en todo el mundo, dice que Gran Bretaña es la democracia que peor se comporta en este sentido. En el mapa que figura en su página web (www.privacyinternational.org), Gran Bretaña es el único país del mundo occidental que está coloreado de negro, como una “sociedad de la vigilancia endémica”, junto a la China comunista y la Rusia de Putin. Gran Bretaña cuenta con más de cuatro millones de cámaras de circuito

cerrado (CCTV). Para finales del próximo año, está previsto que la base nacional de datos de ADN—la mayor del mundo—incluya la información de unos 4,25 millones de personas, es decir, uno de cada 14 habitantes. Según el último informe publicado, en el período de 15 meses entre enero del 2005 y marzo del 2006 hubo más de 400.000 solicitudes oficiales para que se intervinieran teléfonos y mensajes de correo electrónico. Están autorizados a hacer esas solicitudes nada menos que 795 responsables de la policía y los gobiernos locales. ¿Hace falta que siga?

Mientras tanto, se aprueban leyes tras leyes merman nuestros derechos tradicionales, en nombre de la necesidad de combatir el terrorismo. Durante siglos, desde que se creó en Inglaterra a principios del siglo XIV, el derecho del hábeas corpus significaba que a un detenido había que acusarlo de algo o dejarle en libertad transcurridas 24 horas; en el 2004, se elevó ese plazo a 48 horas; el año pasado, a 28 días; y la policía británica quiere volver a aumentarlo. En las demás democracias importantes, como ha

demonstrado hace poco el grupo de defensa de los derechos civiles Liberty, ese plazo no es ni parecido, en general, a pesar de que se enfrentan a las mismas amenazas. En Canadá, el límite de la detención sin cargos sigue siendo un día y en Estados Unidos es dos días; incluso en Turquía es de solo 7 días y medio.

Evidentemente, no debemos ser ingenuos. Los terroristas, tanto locales como internacionales, representan una verdadera amenaza, que es especialmente difícil de detectar. Si es verdad lo que dice el responsable del organismo británico de seguridad interior, MI5, que puede haber unos 2.000 individuos así en el Reino Unido, debemos vigilarlos y debemos detenerlos antes de que actúen. El equilibrio entre libertad y seguridad es delicado. Ahora bien, en los últimos 10 años, Gran Bretaña se ha inclinado demasiado hacia el lado de la seguridad. Es más, esto no deja claro el alcance del error cometido: seguramente, al reaccionar de forma desmesurada y ganarnos la antipatía de gente que, en caso contrario, podría no habernos negado su apoyo, y al construir la sociedad de la vigi-

lancia—pública y privada—más tupida del mundo libre, hemos puesto en peligro nuestra propia seguridad.

Es interesante preguntar por qué esta patria histórica de la libertad se ha inclinado de tal manera hacia la restricción de las libertades. ¿Son meros “reflejos autoritarios” del nuevo laborismo, como se dice con frecuencia? ¿O es precisamente porque nos consideramos una tierra de libertades antiguas y evidentes por lo que dejamos tan alegremente que nos corten alguna libertad tradicional que otra (aparentemente menores, todas ellas)? El mito—el mito que los británicos sostenemos sobre nosotros mismos—está tan asentado que no vemos cómo ha cambiado la realidad por debajo. Me parece curioso que Gran Bretaña, tal vez la sociedad más libre de Europa en el siglo pasado, tenga hoy la sociedad más vigilada de Europa, mientras que Alemania, un país con una doble experiencia de falta de libertad en el siglo XX como ningún otro (nazis y Stasi), sea hoy, según Privacy International, el menos vigilado.

Sin embargo, más importante que preguntarnos cómo nos hemos metido en este lío es averiguar cómo salir de él. Lo que necesitamos en Gran Bretaña—y tal vez no solo en Gran Bretaña—es un cambio de paradigma: de la libertad mediante la seguridad a la seguridad mediante la libertad. Ahora tenemos un primer ministro que presenta la libertad como un valor británico fundamental, tal vez incluso el más importante. Nos invita a estudiar cómo “podemos escribir, juntos, un nuevo capítulo en la historia de la libertad de nuestro país”. Acepto la invitación. Empecemos por no ampliar el período de detención sin cargos ni un solo día más. Después, conviene que recortemos, no nuestros derechos, sino nuestro hinchado aparato público y privado de vigilancia. Un candidato a dirigir a los demócratas liberales, Nick Clegg, ha asegurado que preferiría ir a la cárcel antes de ofrecer los datos personales necesarios para el carnet de identidad proyectado, y el otro, Chris Huhne, ha propuesto una ‘ley anti-Gran Hermano’. Unos comités de las dos cámaras del Parlamento van a presentar en los próximos meses un informe sobre la sociedad de la vigilancia. Los británicos debemos volver a ser lo que creemos que somos: uno de los países más libres de la tierra. Que empiece el contraataque. ■■